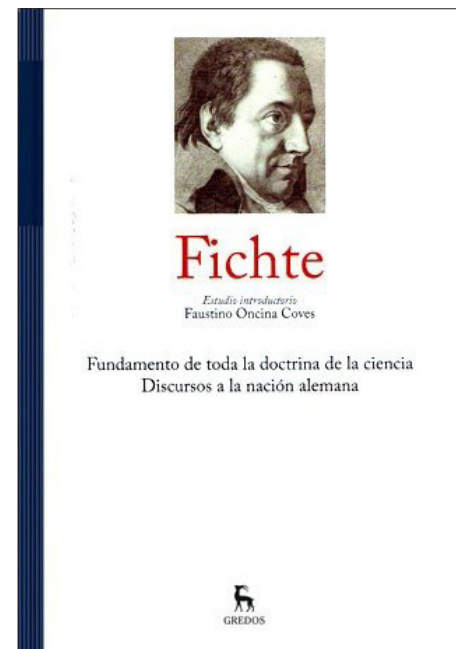


No sólo quiero pensar, quiero actuar

MARÍA JIMENA SOLÉ

(CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS · UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES · ARGENTINA)



Reseña de Fichte, Johann Gottlieb, *Fundamento de toda la Doctrina de la ciencia*, trad. Juan Cruz Cruz / *Discursos a la nación alemana*, trad. Ángel Juan Martín, Estudio Introductorio “J. G. Fichte, el Yo y la libertad” por Faustino Oncina Coves, Madrid, Editorial Gredos, 2015, 552 pp.

Recibido el 10 de marzo de 2018 –
Aceptado el 20 de marzo de 2018

En ocasión de su 75 aniversario, la Editorial Gredos ha lanzado la colección “Grandes Pensadores”, como una invitación a descubrir a los maestros y las obras que han cambiado la forma de pensar y han ensanchado los horizontes del conocimiento. Cuenta con 50 volúmenes dedicados a filósofos clásicos, modernos y contemporáneos, desde Platón hasta Ortega y Gasset, incluyendo a Erasmo, Voltaire, Spinoza, Kant, Hegel, Kierkegaard, Marx y muchos más. Cada tomo incluye una selección de escritos del pensador en cuestión y un estudio introductorio. El tomo número 47 de la colección está dedicado al filósofo alemán Johann Gottlieb Fichte (1762-1814). Contiene la traducción al español de dos de sus obras más emblemáticas y un estudio introductorio escrito por Faustino Oncina Coves –gran conocedor del pensamiento fichteano y traductor de varios de sus escritos–, que abarca las primeras 134 páginas del libro y que incluye además una cronología, un glosario y una sección de bibliografía selecta. Voy a referirme brevemente a las dos obras de Fichte publicadas en este tomo, para pasar luego a comentar el texto de Oncina Coves, que constituye el aporte novedoso de este libro y es, a mi juicio, lo que lo vuelve imprescindible, tanto para quienes se acercan por primera vez a la figura de Fichte, como para quienes nos dedicamos a estudiar e investigar su filosofía.

El primer texto que integra el volumen es el *Fundamento de toda la Doctrina de la Ciencia (Grundlage der gesamten Wissenschaftslehre)*, traducido al español y anotado por Juan Cruz Cruz, renombrado especialista en el pensamiento fichteano y actualmente profesor honorario de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra. Esta traducción, de excelente calidad, había sido publicada originalmente por la editorial ar-

gentina Aguilar en 1975 y hasta el momento es la única disponible en nuestra lengua de esta obra.

El *Fundamento de toda la Doctrina de la Ciencia* lleva por subtítulo la indicación “manuscrito para sus oyentes”. En efecto, el libro –que se publicó primero parcialmente en 1794 y luego completo en 1795– consiste en la recopilación de los apuntes que Fichte preparó para los estudiantes que asistieron a sus cursos durante los dos primeros semestres de su actividad como profesor en la Universidad de Jena. El objetivo de estos apuntes era que los oyentes no tuvieran que perder tiempo tomando notas y pudieran concentrar toda su atención en la exposición, que era, en realidad, una exhortación a que pensarán por sí mismos. Fichte consideraba que su función como profesor no consistía en transmitir un conjunto de saberes que tuviesen que ser aprendidos de memoria o que pudiesen ser repetidos sin ser comprendidos. Pretendía, por el contrario, guiar a sus estudiantes en el pensamiento, motivar el pensamiento autónomo; y para ello exigía el compromiso y la atención de sus oyentes. Esta particularidad del libro hace que, tal como Fichte mismo advierte en el Prólogo, el lector que no asistió a sus clases carezca de la explicación oral que debía completar los apuntes escritos. Se explica, en parte, de este modo, la dificultad que presenta la lectura de esta obra en la que, además, Fichte expone por primera vez públicamente su flamante sistema filosófico, la Doctrina de la Ciencia (*Wissenschaftslehre*).

Esta primera exposición sistemática de su filosofía se divide en tres partes. La primera expone los tres principios fundamentales de todo el saber: el Yo absolutamente infinito que se pone a sí mismo y cuya esencia es esa acción infinita de autoposición; el No-Yo que se opone absolutamente al Yo,

que introduce la heterogeneidad, la resistencia; y el Yo y No-Yo que se determinan y limitan recíprocamente, puestos por el Yo en el Yo. La segunda sección desarrolla la parte teórica del sistema, en la que el Yo es determinado por el No-Yo. La tercera constituye la parte práctica, en la que es el Yo el que determina al No-Yo, afirmándose como acción infinita de transformación de la realidad.

El éxito de Fichte como profesor universitario fue inmenso. Como afirma Hölderlin en un conocido pasaje de una de sus cartas de la época, Fichte era el alma de Jena. La publicación del *Fundamento de toda la Doctrina de la Ciencia* hizo que su filosofía se difundiera más allá de la ciudad estudiantil y su impacto fue enorme. Si bien existieron reacciones adversas, que criticaban la oscuridad del texto e incluso se burlaban maliciosamente de algunas de sus formulaciones, esta obra fue también el suelo fértil en el cual florecieron nuevos desarrollos sistemáticos tanto en el ámbito filosófico del idealismo –especialmente con Schelling– como en el arte, de la mano de los miembros del incipiente círculo romántico de Jena.

La segunda obra seleccionada es probablemente la más leída de todas las obras de Fichte en el ámbito hispanohablante por la existencia de gran cantidad de ediciones en español: los *Discursos a la nación alemana [Reden an die deutsche Nation]*. La traducción incluida es la de Ángel Juan Martín, que había sido publicada en 1968 por la editorial madrileña Taurus.

Estos *Discursos a la nación alemana* fueron pronunciados por Fichte en Berlín, en el anfiteatro de la Academia de las Ciencias, todos los domingos durante el invierno de 1807 y 1808, en plena ocupación militar por parte de las tropas francesas. La existencia del Imperio Alemán se encontraba amena-

zada. Un año antes, el ejército de Napoleón había vencido al ejército prusiano, había ocupado la mayor parte del territorio, y la Confederación del Rin, que reunía varias provincias alemanas, había firmado una alianza política con Francia. Cada discurso fue publicado por separado luego de ser pronunciado y más tarde fueron recogidos en un volumen único. La censura prusiana retrasó y se opuso a la publicación de varios de ellos, exigió correcciones y reformulaciones por parte de Fichte, haciendo dificultoso el proceso y poniendo en evidencia lo espinoso que resultaba el asunto en ese contexto. En efecto, el objetivo explícito de los *Discursos...* era elevar el ánimo del pueblo alemán y motivar un levantamiento contra la ocupación extranjera.

El abandono del tono académico para dirigirse a un público más amplio no implica, sin embargo, un alejamiento de sus principios filosóficos por parte de Fichte, sino que se trata de un resultado, una consecuencia de su Doctrina de la Ciencia cuyo primer principio es, precisamente, la libertad. Además, Fichte ofrece una teoría acerca de la organización del Estado y un programa pedagógico, que se vincula con los desarrollos sistemáticos sobre la Filosofía de la Historia, que había expuesto en una obra anterior, los *Caracteres de la edad contemporánea (Die Grundzüge des gegenwärtigen Zeitalters)*. Esta exhortación a una nación alemana, a un pueblo alemán –que Fichte no define por el lugar de nacimiento, ni por la sangre, ni por la raza, sino por su lengua, por el lenguaje que utiliza para comunicarse y para producir su cultura– constituye la creación de ese pueblo como sujeto político y un llamamiento a luchar por su autonomía. La palabra se revela aquí como acción, como acción transformadora de la realidad.

El *Fundamento de toda la Doctrina de la Ciencia* y los *Discursos a la nación alemana* son, por lo tanto, dos escritos muy distintos entre sí. La primera obra, dirigida a estudiantes de filosofía, consiste en una exposición rigurosa de su sistema. La segunda, dirigida a un auditorio más amplio y heterogéneo, está diseñada para inspirar en los oyentes una determinada acción política. Sin embargo, estos dos objetivos –transmitir un saber y transformar la realidad– jamás estuvieron para Fichte disociados.

Este aspecto de la figura de Fichte es el que Faustino Oncina Coves enfatiza a lo largo de todo su exquisito estudio introductorio, al punto de transformarlo en una de las claves interpretativas centrales de su exégesis. Fichte no es, dice Oncina Coves, el típico pensador encerrado en una torre de marfil, sino un intelectual que quiso tender puentes entre especulación y vida, que quiso popularizar la ciencia, que tuvo el coraje de proclamar públicamente sus ideas y asumió las consecuencias. “El sabio es el hombre máximamente atento a las exigencias de la razón y al modo histórico de resolverlas en cada presente” (p. LXX), explica Oncina Coves. “Ese ideal del sabio es la clave para la comprensión de la obra completa de Fichte y de la unidad de su doctrina” (*ibidem*), afirma.

A partir de esta clave de lectura, el estudio introductorio ofrece, en poco más de cien páginas, una exhaustiva biografía intelectual de Fichte. “En pocos autores ha habido tantas y tan fructíferas interferencias entre la vida y la obra, entre su carácter y su filosofía” (p. XV), sostiene. Así, lejos de abismarse en los peligros que suelen acechar a este difícil género, Oncina Coves expone las circunstancias de la vida del filósofo, presenta sus diferentes obras reconstruyendo la génesis de sus desarrollos teóricos, explora los vínculos entre las ideas de Fichte

y las de sus contemporáneos y señala sin ingenuidad ni simplificaciones los vínculos fecundos que pueden descubrirse entre el plano de los hechos y el de las ideas.

De esta manera, Oncina Coves retrata a Fichte como una figura compleja y multifacética, que combina la meditación filosófica con la preocupación por el presente, que encarna ya al profesor académico, ya al predicador instructivo, ya al orador enardecido. Fichte no sólo predica una moral para los doctos, sino que él mismo la pone en práctica y se propone, con su obra, con sus discursos, con sus lecciones, contribuir al avance de la cultura, velar por el desarrollo de la humanidad en su conjunto.

“No sólo quiero pensar, quiero actuar”, escribe Fichte a Johanna Rahn, su prometida, el 2 de marzo de 1790, cuando todavía se hallaba desorientado respecto de cuál era su camino en la vida, cuando todavía no había descubierto la filosofía kantiana que lo haría ingresar en un nuevo mundo. Y prosigue: “Sólo tengo una pasión (...), sólo un sentimiento pleno de mí mismo: influir fuera de mí. Cuanto más actúo, me parece que soy más feliz. ¿Es eso una ilusión?” (p. XXIII). Esta exigencia de actuar además de pensar brinda entonces una de las claves para entender toda la producción intelectual de Fichte como inseparable de sus decisiones vitales.

La pasión por actuar, por ejercer la propia libertad en el mundo es lo que Oncina Coves señala como la fuente de la incomodidad que induce al joven Fichte a superar el determinismo al que sus primeros desarrollos filosóficos lo habían conducido –incomodidad expuesta en el fragmento titulado “Algunos aforismos sobre religión y deísmo”–. Lector de Jacobi y admirador de Lessing, Fichte acepta el determinismo y la

consiguiente anulación de la libertad como un resultado del desarrollo sistemático de la razón. Pero esto, señala Oncina Coves, no elimina la exigencia de superar ese determinismo, enraizada en el sentimiento y el corazón –Fichte era también un ávido lector de Rousseau–. Su deseo de actuar, de influir fuera de sí, lo hace ansiar vitalmente la superación del determinismo. Sin embargo, la libertad se escapa a su razón, “es incapaz de alojarla en su doctrina” (p. XXIII).

La posibilidad de una afirmación filosófica de la libertad llega gracias a Kant, específicamente gracias a la segunda *Crítica*, que enseña la prioridad de la razón práctica y abre la posibilidad de manifestaciones de la libertad en el mundo sensible. El problema de la conciliación entre el mundo fenoménico de la necesidad y el mundo nouménico de la libertad, que la *Crítica de la facultad de juzgar* deja abierto, es lo que, propone Oncina Coves, el *Ensayo de una crítica de toda revelación* de 1792 viene a resolver. Fichte lo logra mediante su concepción de la revelación como el concepto de un efecto producido en el mundo sensible por una causalidad sobrenatural divina, un concepto mediante el que Dios se anuncia como legislador moral. La revelación, tema central de la obra que catapultó a Fichte a la fama y que puede ser considerada como su primera obra filosófica original, es el medio de enlace entre la naturaleza cognoscible y lo suprasensible incognoscible.

Los dos escritos de Fichte publicados de forma anónima al año siguiente, la *Reivindicación de la libertad de pensamiento* y las *Contribuciones para la rectificación del juicio del público sobre la Revolución francesa*, de un claro carácter panfletario, son en sí mismos una intervención motivada por la situación política del momento, que se combina con posiciones teóricas

rigurosas. Oncina Coves se detiene a examinar ambos aspectos de estas obras y señala, además, que representan el descubrimiento por parte de Fichte del género del discurso, que retoma al final de su vida, por ejemplo, en los *Discursos a la nación alemana*. Específicamente la *Reivindicación...* –un escrito a favor de la libertad de pensamiento y de expresión, que examina la teoría del contrato social y da cuenta del derecho a la revolución como un derecho inalienable– presenta la particularidad de hablarle simultáneamente a tres interlocutores heterogéneos: el pueblo, el estamento intelectual y la casta dirigente. Los intelectuales aparecen aquí, señala Oncina Coves, como los mediadores entre el pueblo, a quien Fichte exhorta a no dejarse usurpar su libertad, y los gobernantes, a quienes exhorta a no transformarse en usurpadores. Ahora bien, la adopción y práctica del discurso como modo de expresión no se queda en una cuestión formal. Oncina Coves sostiene que “el cambio en el género expositivo indica una nueva noción de Ilustración” (p. XLII). En efecto, tras la muerte de Federico II, el rey filósofo, en 1786, su sucesor Federico Guillermo II había conducido un gobierno cada vez más represivo. En 1788 había promulgado los famosos edictos de religión y de censura que, según Oncina Coves, ponían en evidencia que la élite dirigente había dejado de ser ilustrada. El pacto tácito entre la monarquía y la intelectualidad alemanas se había roto. Esta circunstancia motiva una transformación en el papel social y político de la casta intelectual. Los hombres doctos ya no pueden concebirse como los consejeros o maestros del príncipe, sino que se vuelven portavoces de las críticas y denuncias del abandono de los ideales ilustrados por parte de los gobernantes, expresando estas críticas frente al pueblo, que irrumpe ahora en escena como protagonista y destina-

rio de la palabra.

En 1794, Fichte se traslada a Jena y expone en las aulas universitarias su Doctrina de la Ciencia. Superado el escollo del determinismo, surge una nueva amenaza: el escepticismo, que era proclamada por algunos contemporáneos como la única posición filosófica solvente a causa de la ontologización de la cosa en sí y la concepción axiomática del sistema. El peligro del escepticismo es lo que revela a Fichte la necesidad de perfeccionar el idealismo trascendental kantiano y transformarlo en un sistema científico. La Doctrina de la Ciencia nace de la exigencia de superar esta dificultad y lo hace al instaurar la libertad –el Yo absoluto que se pone a sí mismo– como principio fundamental de todo el saber y de todo el ser.

Ahora bien, ese Yo absolutamente libre que es principio es también un ideal: no existe ni existirá jamás. El mundo no es como debe ser. La ecuación Yo = Yo en la que se condensa el primer principio de la Doctrina de la Ciencia no es, señala Oncina Coves, un ecuación inerte e inocua, sino que expresa “que si quieres aproximarte al ideal has de cambiar tu vida” (p. LXIX). El vínculo ontológico entre el yo finito y el Yo absoluto hace que yo sea Yo, aunque de hecho no lo sea y deba llegar a serlo. “Lo que del principio originario se deduce (o lo que él justifica) es el sentido del mundo, no su existencia; es su significado, su valor, su dignidad. No se trata de crear lo dado, sino de entenderlo como dado por y para la acción conformadora de mundo” (*ibidem*). Con brillante claridad, Oncina Coves pone así en evidencia en qué sentido la filosofía es para Fichte una práctica.

También en su papel como profesor universitario, Fichte –en realidad, junto con toda su generación– abandona la exégesis de

libros canónicos para comenzar a exponer las propias visiones, los propios sistemas. El aula universitaria ya no es un templo en el que se repiten enseñanzas de autoridades sagradas, sino que se transforma en un espacio de fragua de nuevas cosmovisiones. Fichte aparece entonces retratado como la auténtica encarnación del principio humboldtiano que proponía “la unidad entre docencia e investigación” (p. LV). Pero además, durante su primer semestre en la Universidad de Jena, ofreció no sólo el curso privado para los estudiantes de filosofía en el que desarrolló su propio sistema filosófico – que luego se publicó bajo el título *Fundamento de toda la Doctrina de la Ciencia*– sino también una serie de lecciones públicas, para un auditorio más amplio, que abordaba la cuestión de la función social del estamento culto: *De officiis eruditorum* o Moral para sabios. En un auditorio repleto de oyentes, Fichte argumentó que la responsabilidad social del docto, del erudito, del sabio consiste en promover y dirigir el progreso de la cultura en la sociedad. El sabio no puede abstraerse del mundo, encerrarse y pensar. Debe velar por el desarrollo de las capacidades y habilidades de la humanidad y para eso debe estar en el mundo, atento a las circunstancias y a las particularidades del presente.

Ahora bien, la tarea infinita a la que se enfrenta el ser humano de transformar el mundo exterior para plasmar en él sus fines subjetivos no es una tarea individual sino colectiva. El hombre sólo puede perfeccionarse y desarrollar la cultura en sociedad, una comunidad de hombres libres e iguales que se reconocen mutuamente como tales. “El impulso social no apunta a la subordinación de los otros, sino a la coordinación de seres racionales” (p. LXX). De este modo, la figura del sabio se revela como la figura del líder –que, como indica Oncina Coves, rea-

parecerá bajo la forma del éforo en la *Fundamentación del Derecho Natural* de 1796–. El sabio, transfigurado en líder, se enfrenta a la tarea de coordinar la cooperación entre individuos libres con vistas a deshacerse de la coacción exterior de los objetos y salir del estado de pasividad. El sabio combina así el saber del filósofo trascendental y el del maestro político. “Su erudición contiene la forma mixta del saber –típica de la filosofía aplicada–, que imbrica los conocimientos aprióricos en los históricos, para poder interceder entre la filosofía y la vida, verdadero suplicio de Tántalo para el idealismo” (p. LXX), afirma Oncina Coves.

Esta doble vocación que Oncina Coves detecta y explicita en Fichte –“la de un teórico consagrado a desmenuzar las entrañas del espíritu humano, y la de un agitador empeñado en fungir con la palabra de timonel moral” (p. CII) echa por la borda el falso estereotipo del idealismo como una filosofía sin aplicación, sin preocupaciones por la realidad política y social, que mira con desprecio todo lo que esté más allá del ámbito prístino de los conceptos. Por el contrario, en Fichte –y en el resto de los idealistas– encontramos una unidad entre filosofía y diagnóstico, entre teoría universal y mirada particular. Fichte no desea simplemente comprender su época, sino también intervenir en ella. Los *Diálogos patrióticos* (1806/7), los *Discursos a la nación alemana* (1807/8), su ensayo *Sobre Maquiavelo* (1807) ponen esta intención de manifiesto, al aplicar la reflexión a partir de los principios de la Doctrina de la Ciencia –a los que Fichte permanece fiel durante toda su vida– a las circunstancias cambiantes de la realidad. En efecto, Oncina Coves apunta que la ausencia de tecnicismos, específicamente en los *Discursos a la nación alemana*, no implica

un alejamiento del núcleo doctrinal, pues Fichte "siempre entendió el pensamiento como ejercicio de libertad, como práctica de la teoría" (p. CVII). Los *Discursos...* no comienzan con el Yo absoluto que se pone a sí mismo, sino que "aspiran a inaugurar una nueva comunidad de habla y de escucha, significado eminente de nación" (*ibídem*). La reflexión es lenguaje y la palabra es performativa.

El estudio introductorio concluye con un apartado titulado "Corolarios sobre dos fetiches modernos", que reflexiona acerca del legado del idealismo fichteano. "Hoy como entonces", comienza diciendo, "ésta sigue siendo una cuestión decisiva: ¿cómo queremos vivir?" (p. CXIV). Es mediante la filosofía entendida como diagnóstico y como terapia, como teoría y práctica, que Fichte logró poner al descubierto "las patologías de su tiempo y del nuestro" (*ibídem*) y no se cansó de denunciar "al nihilismo todavía en boga de «todo es en vano»" (*ibídem*). En este sentido, Oncina Coves retrata a Fichte como "un saboteador del curso habitual de las cosas, de las rutinas, de la indolencia", que se sobrepone a ello mediante "su fuerza de voluntad, que le empuja a creer en la posibilidad de formar la vida" (*ibídem*). Son los principios de la Doctrina de la Ciencia que enseñan a no rendirse frente a las circunstancias y dan impulso a esa voluntad de acción, en la medida en que revelan la afinidad ontológica entre el Yo finito y el Yo infinito. La transformación de la naturaleza física y de la sociedad es el horizonte hacia el cual se encamina el sujeto.

El idealismo enseña, contra ciertas tendencias actuales que amenazan a la filosofía – como los fetichismos de la cultura filosófica y el determinismo de las neurociencias –, que comprendernos a nosotros mismos

y comprender la realidad exterior implica la capacidad de cambiarla. "En el caso de Fichte", sostiene Oncina Coves, "*vita contemplativa* y *vita activa* se retroalimentan, y su filosofía nos sirve como un sistema de navegación que, si no ayuda a encontrar destinos definitivos, al menos nos permite descubrir los callejones sin salida o sospechar vías alternativas" (p. CXVI).

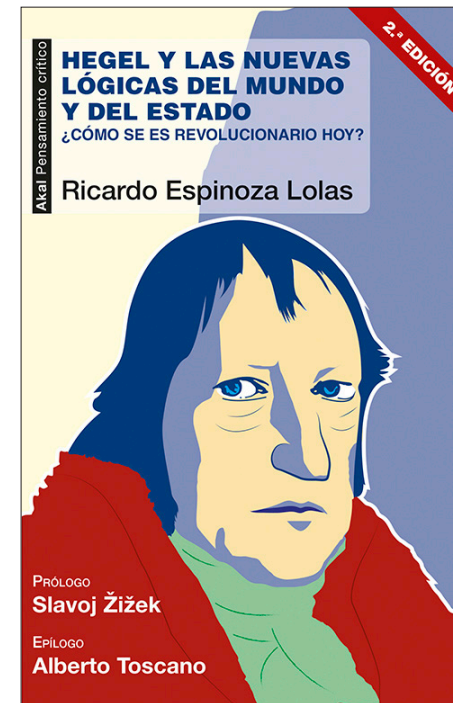
Un Hegel para la actualidad

JORGE E. FERNÁNDEZ

(UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN MARTÍN) Y

MARIANO GAUDIO

(CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS - UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES)



Reseña de Espinoza Lolas, Ricardo, *Hegel y las nuevas lógicas del mundo y del Estado. ¿Cómo se es revolucionario hoy?*, Madrid, Akal, 2016, 395 pp.

Recibida el 1 de marzo de 2018-
Aceptada el 3 de abril de 2018

Ante todo queremos comenzar esta reseña destacando algunos motivos de reconocimiento de la publicación que presentamos. El primero de ellos es que no abundan los escritos de este nivel y envergadura sobre una obra tan compleja como lo es la *Ciencia de la lógica* de Hegel. Obra que, como se comprueba de inmediato en este libro de Ricardo Espinoza Lolas, requiere, exige, ser comprendida en su unidad y totalidad.

El segundo motivo radica en que, siguiendo el camino abierto por la reciente traducción de la *Ciencia de la lógica* realizada por Félix Duque, el libro de Espinoza está pensado y escrito en español. Y esto vale no sólo como aporte a los estudios hegelianos, filosóficos y socio-políticos, sino principalmente, como un modo geocultural de posicionarse en el pensamiento.

Hace unos años en *Hegel. La Especulación de la Indigencia* Félix Duque logró expresar la dificultad concernida al respecto: "Hacer hablar a Hegel en castellano. Con nuestros giros y flexiones, rompiendo a veces la dura costra de los cantos rodados de nuestras palabras, aristando ésta para que su engañosa lisura deje espejear lo notorio, hacer que el estilo se convierta en el estilete: ésta es la tarea" (Duque, F., *Hegel. La Especulación de la Indigencia*, Barcelona, Ediciones Granica, 1990, p. 15).

Por ello mismo nos animamos a decir que la tarea de Espinoza Lolas se suma al trabajo de aquellos colegas que pugnan por poder pensar, en español, esta monumental obra de Hegel. Y se suma al desafío de hacerlo con rigurosidad, con un denodado esfuerzo por explicar y explicitar lo contenido en la *Lógica*, y a la vez con la apertura e ilación necesarias para resignificar desde ese entramado una variedad de cuestiones que conciernen al presente, situando así su